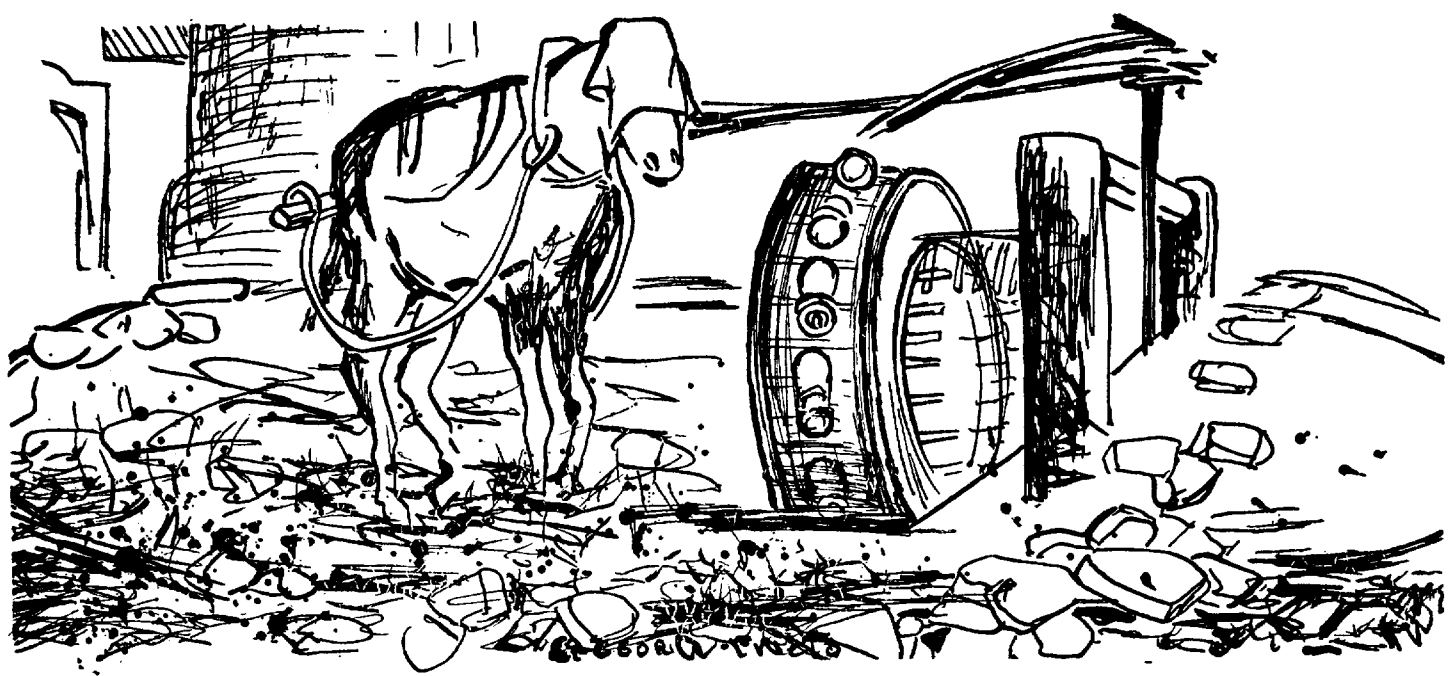


ARCADUZ

The title 'ARCADUZ' is rendered in a bold, hand-drawn, black-and-white font. The letters are thick and textured, with some internal hatching. The 'A' is particularly large and is partially obscured by a decorative wreath of leaves and small berries. The 'R' and 'O' also have textured, almost woven or braided appearances. The 'U' and 'Z' are simple but thick. The overall style is reminiscent of mid-20th-century graphic design or book cover art. A small signature 'García Prieto' is visible at the bottom right of the 'Z'.

# "ARCADUZ"

LETRAS Y ARTE

Año I - Núm. 1

## DIRIGE:

José M.<sup>a</sup> Martínez Val

## COLABORAN:

F. García Pavón  
Antonino M.<sup>a</sup> Rivero  
Faustino Vellosillo  
Camilo González Ossorio  
Eleuterio Calatayud  
Javier Peralta  
B. de L.  
Juan Alcaide Sánchez  
Juan A. Fernández del Campo  
Antonio Ballesteros  
B. Parra  
Joaquín Aguilera  
José Bellón  
Jesús Cuéllar  
Alejandro Colás  
Ángel Aguilera  
Bernardo de Diego  
Antonio Merlo Delgado  
G. R. Galiana  
J. Ubeda  
José María Martínez Val

## DIBUJOS Y VIÑETAS:

Gregorio Prieto  
Sergio G.<sup>a</sup> Bermejo  
J. A. Fernández del Campo  
J. Aguilera  
A. Aguilera

Edición al cuidado del Grupo

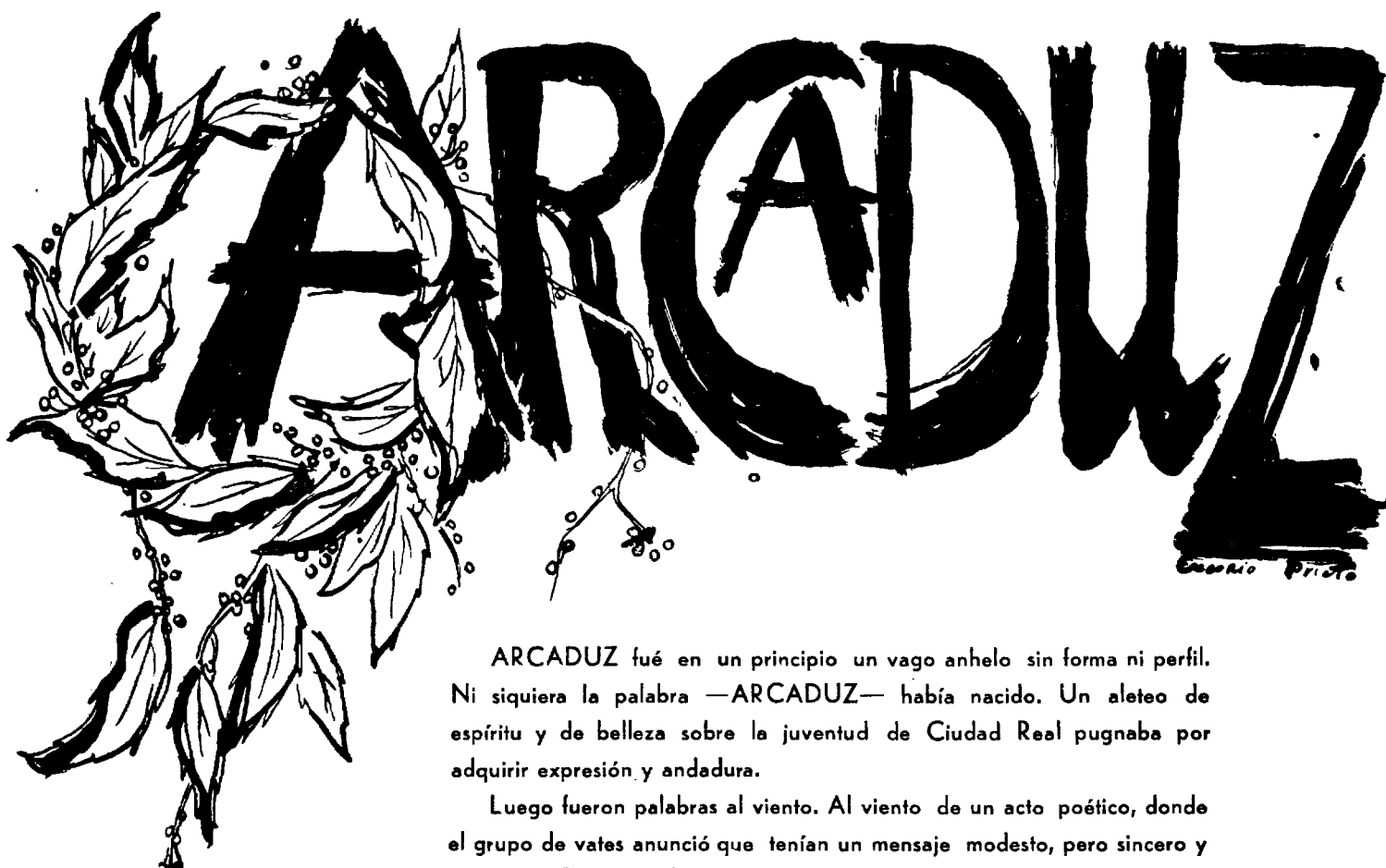
< A R C A D U Z >

Patrocina el Instituto de Estudios Manchegos (C. S. I. C.)

**Precio: 15 pesetas**

**Suscripción: 50 pesetas anuales**

**Administración: I. de E.  
Manchegos. Caballeros, 12  
Ciudad Real**

The title 'ARCADUZ' is rendered in a bold, black, hand-drawn font. The letters are thick and expressive, with some ink bleed-through visible. A laurel wreath, composed of leaves and small berries, is draped over the left side of the word, partially obscuring the 'A' and 'R'. The signature 'Gabriel Prieto' is visible at the bottom right of the word.

# ARCADUZ

ARCADUZ fué en un principio un vago anhelo sin forma ni perfil. Ni siquiera la palabra —ARCADUZ— había nacido. Un aleteo de espíritu y de belleza sobre la juventud de Ciudad Real pugnaba por adquirir expresión y andadura.

Luego fueron palabras al viento. Al viento de un acto poético, donde el grupo de vates anunció que tenían un mensaje modesto, pero sincero y profundo. Después al viento de la Radio, en páginas aladas que cada quincena ponen un perfume de primavera sobre el horizonte de la Mancha.

Ahora ya es una Revista. Las palabras van a permanecer. Vale la pena. Cada generación, o si lo preferís, cada tiempo tiene una constelación de problemas y soluciones. Conviene que dejemos el testimonio de nuestras vivencias al hilo tenue de los días. Estas páginas dentro de unos años estarán amarillas, como hojas de un otoño inexorable. Pero harán posible que un joven del futuro se sienta hermano en el afán de éstos que en prosa o verso están haciendo hoy la vida intelectual de la Mancha.

ARCADUZ —bello nombre— tiene su justificación. No es un capricho. Es una exigencia, a la que queremos ser fieles. ARCADUZ es nuestra parte en la noria del tiempo que saca todos los días agua viva para fecundar campos de pan y regar huertos de flores. Que no sólo de pan vive el hombre como enseñó el Señor de los Poetas.

JOSE M.<sup>a</sup> MARTINEZ VAL

# LA SOCIEDAD

por F. GARCIA PAVON

Me lo contó un guardia:

A la caída de una tarde, llegaron dos hombres a la posada de Tirteafuera. Uno alto, ancho de cara y recio de cuerpo. Vestía blusón negro, lustroso; gorra de visera y botas de piel de ternero. El otro era delgadillo, narigudo, calvo y de media estatura. Iba zarrapastroso, descalzo y con pocos bríos en el andar. El hombre alto entró en la posada con arrogancia y pisando fuerte. El hombre seco llegó sofocado, cargado con un gran zurrón y la boca seca.

Cuando el comedor de la posada estaba más concurrido, aparecieron ambos.

El hombre grande pidió a la posadera tocino, pisto, uvas y vino. Como el hombre delgado callara, la mujer le preguntó qué iba a cenar. Este, con ojos lastimeros, interrogó a su vez al compañero.

—No quiere nada —dijo el hombre grande a la posadera.

Y la mujer marchó con cara de no comprender.

El hombre delgado puso ambas manos sobre la mesa y sobre ellas la cara, como desconsolado.

Trajeron la fuente de pisto humeante, un buen trozo de tocino vetead, pan del día, porrón de vino rojo y un plato con uvas doradas.

El hombre alto comenzó a cenar con gozo. ¡Con qué salero cortaba las sopas, las pinchaba en la navaja, las cargaba de pisto y las deglutía luego remeneando los ojos a la par que los carrillos! De cuando en cuando se enjugaba los labios con la lengua, y bebía del vino sonoramente.

En tanto, el hombre fino, distraíase triste en seguir con sus secos ojos la trayectoria de las sopas del compadre. Alguna vez tragaba saliva rebuyendo la nuez.

Llegó el turno al tocino con vetas. ¡Con qué pulso cortaba las lonchas! ¡Cómo las paneaba!

El hombre seco se había incorporado anora en la silla y había colocado ambas manos sobre la mesa, como con intención de lanzarse sobre lo que el otro comía.

Cuantos estábamos en el comedor, en voz baja, comentábamos la escena con

disgusto. La posadera y una criada, situadas junto a la campana de la chimenea, miraban con ternura al desnutrido.

Llegó el turno a las uvas. El hombrón las masticaba muy bien. Mosto le caía por las comisuras.

Temeroso, el hombre enteco, hizo ademán de tomar una uva. Y súbito, el hombre alto, le dió un golpazo en los nudillos con las cachas de la navaja.

El golpeado hizo un vivo gesto de dolor.

Fué entonces, cuando el Cabo que venía con nosotros —añadió el guardia— le dijo al hombre alto:

--¿Qué mal le ha hecho ese desgraciado para no darle de cenar?

El hombre alto levantó los ojos con mal talante, pero al ver que era un «civil» quien le hablaba, aflojó el gesto.

—No conoce Vd. bien, mi Cabo, a este granuja. Tanto me ha robado que ni estando ocho días sin probar bocado me cobraré de la deuda.

Las gentes que allí había hicieron comentarios a media voz, pero el hombre alto acabó con las uvas sin añadir palabra. Luego lió un cigarro con parsimonia y sin despegar los labios, salió al patio de la posada.

El hombre fino, ya solo, echándose de bruces sobre la mesa, comenzó a comer con voracidad las migajas y hollejos de las uvas que se veían sobre la mesa.

Las voces y protestas por tanta injusticia de cuantos estábamos allí aumentaron con la salida del hombre alto.

Y al poco rato, la posadera, sin decir palabra y con aire espectacular, llevó a la mesa del hombre fino una fuente de pisto, tocino, uvas, vino y pan del día.

Unos zagalones que sorbían de sus cucharas sonoramente, aplaudieron al ver el rasgo. Y la posadera, entre las miradas agradecidas de todos sus huéspedes, volvió esponjada a su rincón.

El hombre fino comió con ansia. Luego, el Cabo, le dió un par de cigarros.

En el patio de la posada paseaba el hombre alto con mucha gravedad.

Alguien dijo que eran quincalleros.

\* \* \*

Y siguió contándome el guardia:

A los pocos meses tuve que comer en la posada de Torre de Juan Abad. Es posada mayor y para más gente. Cuando salíamos de acomodar los caballos en la cuadra, vimos llegar a los dos hombres de antes. Pero la cosa había cambiado mucho. Era el hombre fino quien venía con blusa negra, sombrero de fieltro y botas de ternero con aire señorón. El hombre alto traía el zurrón, en mangas de camisa puerca y descalzo.

Como antaño, ambos se sentaron en una mesa. El fino pidió gachas, tocino frito, naranjas y vino. Y al poco, comenzó a comer con mucho pormenor y aplicación.

El alto, sin nada entre las manos, gruñía, se recernía en la silla, se pasaba la mano por la cabeza con desesperación y enseñaba su lengua palpiante.

La gente que había en el comedor, que no era poca, había reparado en el caso, y a más que a media voz compadecía al hombrón famélico.

El posadero, que era hombre de mucho poder y comer, preguntó al fino:

¿Este no va a tomar algo?

—No, —respondió el fino con energía— hasta que no me desquite de cuanto me ha robado el muy gandumbas, no come a mi costa. Cría cuervos que te sacarán los ojos, añadió mirando con indignación a su hombre alto.

—¿Y a cuánto monta la deuda?— le preguntó un arriero ricote y muy hombre de bien que allí había.

El hombre fino cambió una rápida e inteligente mirada con el grande. En los ojos de ambos brilló la avaricia. Dudó un poco el fino y dijo al fin:

—A veinte duros.

Al arriero debió parecerle grande la cantidad porque nada respondió. Se limitó a rascarse una patilla.

La comida siguió. Pero llegó un momento en que el alto tan hambriento parecía, que alargó una mano hacia las tajadas. Y el fino, le dió con el mango de la navaja en los nudillos.

—¿Sabe Vd. lo que le digo? —habló de nuevo el arriero al fino— que yo no puedo ver estas cosas. Uno sabe bien lo que es el hambre. De modo que si Vd. no tiene inconveniente, yo pago la comida de su criado, y desquítese Vd. de la deuda luego, donde no lo veamos cristianos.

El fino, sin decir nada, se encogió de hombros y liando un cigarrillo salió al ejido de la posada.

El gordo comió como los animales entre el regocijo de los huéspedes que insultaban al hombre fino.

Cuando acabó de comer, el arriero le regaló una tagarnina.

Y sigue el guardia:

Al día siguiente, cuando amanecía vimos a los dos hombres camino de Infantes muy en amor y compañía. Iban los dos vestidos de la misma forma. Entre los dos como buenos hermanos, llevaban el zurrón.

Cuando llegamos a su altura —siguió el guardia— paramos los caballos y les pregunté a boca jarro:

—¿A quién le toca hoy pasar hambre?

Me miraron con susto, pero como yó sonreí, sonrieron ellos, —me dijo el guardia.

# CUENTO DE AMOR Y NIÑA

## ( S U E Ñ O )

por ANTONIO MARIA RIVERO CORNELIO

### 1.—El Mes.

No fué en Abril ni en Mayo. No había avispas en el aire ni hormigas que arrastrasen sus amores por los suelos. Ni había caracoles en el campo.

Yo jugaba a soplar las nubes y las nieblas corrían, una tras otra, por aquella farola de mercurio. El mundo jugaba a ser pelota de nieve.

No fué en Mayo, ni en Abril tampoco. No fué ni siquiera en Mayo.

Fué un día. «Erase una vez...»

...«Una vez érase una niña». Y no os quiero decir que era rubia. Ni tampoco que sus ojos eran azules. No, no quiero decir que era una hermosa niña. Solamente quiero decir:

«Erase una vez una niña»

### 2.—El Día.

Aquel día nacían por las calles los juguetes. Cielos y tierra soñaban en Monarquía.

### 3.—Las Calles.

En las callejuelas estrechas, los últimos niños pobres del año muerto enseñaban audaces su miseria desnuda. El Sol se había caído por el otro lado del mundo. Fué la noche.

### 4.—La Niña.

Isabel se fué a casa corriendo, perseguida quizás por la Luna fiera de cuernos dorados que había matado al Sol-niño. En la noche no había estrellas, alguien fué a despertarlas.

Isabel llegó a casa respirando apenas. La Luna se ría en el cristal de una ventana. En mil cristales de la ciudad se reía la Luna.

Dentro, en las casas, los niños jugaban a soles rubios.

Isabel subió la escalera despacio. Pesándole el aire. El corazón, pequeño, pequeño, tiritaba. Tenía miedo.

Miedo de la Luna, cruel y burlona. De los Soles-niños. De las nubes.

Isabel tenía miedo y en la noche de su escalera, callada apenas, lloró despacio.

### **5.—Sonata ridícula.**

¿Por qué te ríes cuando paso a tu lado?

Yo no quiero ser bufón, ni rey de Arabia en muerte. Yo anhelo pasear tu calle despacio, ingenuamente perdido en tu mirada. Yo quisiera, tan sólo, contar vientos en los que duerma tu risa, columpiarme en un rayo de luz de tus cuentos de niña. Hacer en mi corazón un sendero chiquito para la sombra de tus ojos rubios.

Yo quisiera... Eso. Todo. Llanamente amarte.

### **6.—Poetas de Tejado en Otoño.**

Por los tejados, limpiamente escarlatas, caían tristes las miradas de los pobres perros de tu calle. El sol era un hueso maravilloso que hubiesen tirado los pájaros.

Por tu corazón nada. Ni por tu risa. Nada en el Mundo había.

Pero has envuelto tus pestañas en el vestido de todos los días y has salido a jugar en el Parque.

Yo te esperaba eternamente pegado a los bancos viejos, por mí no corrían las hojas de los árboles.

El Otoño vacío se había enganchado en el pico de una veleta.

¡Pobre!

El Sol se iba haciendo sombra y los hombres jugaban sus años al dominó de los días. El Mundo se iba muriendo por las tardes de lluvia. Los barcos por las calles naufragaban. Por los mares, los poetas que no tenían pan chupaban rosas contentos. Eran viejos poetas de otros siglos.

Por los mares iban los viejos poetas.

Contentos iban jugando a la comba de saltar vientos.

Yo creía así el Mundo.

Ayer, en ese día que pronto es olvido del recuerdo, en ese día que sólo es desesperanza y muerte, seguí tus pasos, uno tras otro, hasta que conseguí acompañar su sonido al de mi corazón en taquicardia.

Yo creía así las cosas, pero no. El me habló de niñas rubias. Me habló de amores



vistos con el telescopio de tus años. Me habló de ti y perseverancia. También me dijo otras cosas al oído.

Hoy no quiero hablarte.

### **7.—Pequeña confesión.**

A mí no me gusta el cine. Ni soy amigo de ir a piscinas y el baile me aburre en todos los días. Y mis cartas odio.

Yo, antes, quería a una niña con la que poder jugar a las muñecas que siempre guardamos escondidas. Yo amaba mi locura heroica.

Hoy no quiero hablarte.

Por eso amo todas las cosas y por las tardes sueño en suicidarme para que tú llores. Cuando las tardes son de lluvia blanda el amor nos come por las esquinas y los ojos caen al suelo de tanto llorar lluvia. Es entonces cuando se desploman los hombres por las paredes blancas de los manicomios balbuciendo palabras que en otros sitios están prohibidas:

Ananá. Yo. Pan. Violetas mías y agua. Uno. Dos. Y. Tres. Un millón doscientos doce mil trescientos veintiocho con noventa y nueve.

¡Adios, Sol estúpido!

### **8.—Himno.**

Vivace.—Así te bañas en las flores de tu ventana.

Porque es que tú bailas las horas vacías del Mundo para que el pobre se divierta y, aunque los hombres giren en sus versos de siempre, perdiéndose en la musicalidad de las palabras, tú sabes pisar las piedras despacio, levemente, en el beso apenas rozado (rosado, dije) de tu pie pequeño.

Maestoso.—Tu calle es tan larga casi como mi aburrimiento. Por ella pasan los entierros de los años en cada primero de enero. Y tú los miras pasar con tu risa bonita que no conoce la muerte.

Si en los relojes dan las cinco sabes pasear al aire siempre por las aceras de tu calle. Aceras menudas, ondulantes de piedras pequeñas en las que rezar los rosarios que se dicen a los muertos.

Tú eres así.

### **9.—Juguete onírico en un acto. (Un muerto solo).**

Es una calle larga. Por ella pasan los muertos en sus carricoches de feria. Algunos sacerdotes viejecitos. Niños que corren. Perros. La metafísica toda de una calle.

HOMBRE.—Debíamos morirnos todos. Pero no de una forma cualquiera. La mejor muerte es la muerte de los muertos, porque ellos son los únicos que

saben morir. Sin embargo hay muertos que tienen la palidez de mil mariposas y esos son los verdaderamente felices dentro de su muerte...

PERRO.—(Lastimeramente). ¡Guauuuuuu!...

FANTASMA.—Eso no me importa. Yo estuve paseando por un campo amarillo. Sin rosas. Aunque... Déjeme pensar... Sí, algunas veces yo veía rosas. Otras veces yo veía --miraba-- nubes y decía. ¡No!. No rosas. Yo vivía en el campo.—(Tristemente). YO VIVIA EN EL CAMPOOOOOO...

HOMBRE VESTIDO DE GRIS.—¡Qué absurdo!. Usted, permíname que se lo diga, no es un fantasma. Usted es, permíname que se lo diga, un fantasma. (Se ríe).

PERRO.—(Muy lastimeramente). ¡Guauuuuuuuuuuuuu!...

CORO.—Una vez se enamoró un hombre. Una vez el adiós no existía. Una vez un hombre que amaba cayó muerto.

HOMBRE ENAMORADO.—(Viste pálido. Ríe apenas. Casi muerto, juega amores con sus manos de traje pálido. Se dirige al hombre vestido de gris)

La amo, sí.

(Provocativamente).

La amo. ¡¡¡Sí!!!

Alguien me apuñaló en una mañana de no-mayo. Y me ataron a la muerte con sus quince años adorablemente tontos. Ya no podemos jugar a ser genios.

—Decididamente no puedo—

Ya no puedo hablar de niña-amor ni de amor-niña. No puedo hablar. ¡No puedo hablar! Por favor, dejadme escupir. O al menos, déjeme que por última vez lo sueñe.

TODOS.—(Hombre, Perro, Fantasma, H. v. d. g., Coro. Todos). Eso no nos importa en absoluto. Pero no se apure, le recitaremos unos versos.

Un Guardia Civil

—Ojos mil—

Una mariposa

—Sosa—

Bum. Bum. Bum.

Civil.

Fin.

El Hombre enamorado se abraza a una farola. Va cayéndose muy despacio. Muy solo. Muy pálido. Muy muerto. Al fin, de verdad muere.

.....  
El público vuelve a sus casas contento. Los más rezagados pegan su entradas a las estrellas más tontas.

# TEORIA DE LA MANCHA

---

por JOSE M.<sup>a</sup> MARTINEZ VAL

## I. LA MAGIA DEL NOMBRE

Teoría es una noble palabra. Cargada de siglos de la mejor historia —ese cordón umbilical y espiritual que nos une a Grecia— se ha perpetuado en todo idioma culto con la acepción que le fijó Platón (*Leyes*, 951): «contemplación de espíritu, meditación, estudio». No es preciso añadir nada más. Ensayamos contemplar la Mancha, meditar sobre su realidad, estudiar su vida y su ser en lo que tienen de más fijos. Y decantar, en pocas páginas, el producto de nuestra observadora meditación.

La Mancha es un nombre. Podría no ser ninguna otra cosa. O sea: podría —sencillamente— no ser, no tener esta realidad física y humana que se enclava, a modo de humilde estameña parda, sobre el cuerpo de España. Porque lo más importante de la Mancha es el nombre. Como no nos importa la originalidad, vamos a caer —conscientemente— en el tópico. Desde que aquel asendereado hombre que fué Miguel de Cervantes escribió ese asendereado libro que es —y sigue y seguirá siendo— «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», esta región es nombre. Lo que no es poco —porque una secular y profunda batalla se libró en todas las Escuelas en torno al nominalismo. Y porque en el nombre está la sustancia, que con la acción del verbo forman esa delicada realidad que es el pensamiento.

Pero este nombre puesto al frente de un libro ilustre —ese libro que delimita el campo para los torneos sobre la españolidad— es una primera paradoja. Una broma del genio. Una trampa o escamoteo que el autor puso a la esclava atención de sus lectores. Porque, en el libro, no está la Mancha. Hay, ciertamente, otros nombres tan reales como el de la región: Ciudad Real y Miguelturra, Criptana o Tirteafuera, caminos, ventas y batanes. Pero su realidad está eludida. Los comentadores del «Quijote» han fracasado

siempre al pretender trasladar a la geografía concreta del país las andanzas del Caballero. Y por aquí os muestran los batanes de la aventura en Ruidera y en Fuencaliente, o bien os señalan el lugar de las bodas de Camacho el rico, cerca de Socuéllamos o en la albaceteña Minera. Falta el punto de referencia inicial porque Cervantes «no quiso acordarse» de cual fuera el lugar de la Mancha en que vivía su héroe. Y faltan, asimismo, las realidades manchegas. Bastan los nombres, nada más.

Por eso la novela tiene todo el fondo fantástico de la Utopía. Todo ocurre en una cuadra de nombres sin contorno ni dintorno, porque en el «Quijote» lo que importa es el pensamiento y la acción; no el paisaje y el ambiente, que han quedado reducidos a una expresión regional y genérica: la Mancha.

El japonés, el alemán o el chileno que lean la obra cervantina conocen a Don Quijote y Sancho, a Maese Pedro, al Cura y al Barbero, e incluso a esa sombra de ser —puro ideal, delimitado por ausencias— que es Dulcinea del Toboso. Pero terminan sin conocer nada de la Mancha. Yo he repetido muchas veces la experiencia, acompañando a extranjeros y españoles por la parda geografía de estas tierras. Querían verlas porque Cervantes les mostró la descripción. Las imaginaban, no las conocían. No las podían reproducir. Resulta curioso. Mientras los artistas que han ilustrado el «Quijote» reproducen siempre con fidelidad esencial los tipos humanos, pueden arbitrariamente dejar volar la imaginación al dibujar molinos o ventas, estepas o florestas, porque la Mancha es —en la novela— una pura omisión. Una omisión fantástica que puede serlo todo o no ser nada. Nada, salvo un nombre, ya para siempre incardinado en el tiempo: la Mancha.

# POESIA

## NORIA MUERTA

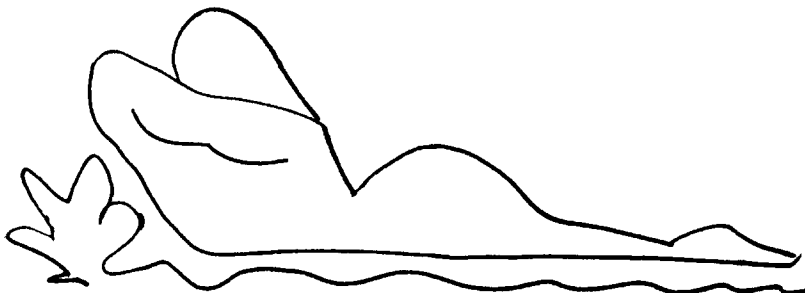
¡Pobre noria vieja! Pluma cansada  
que niegas a los surcos tu escritura.  
Llaga abierta en la piel de la llanura.  
De Juan Alcaide, viuda acongojada.

Ya no sientes el temblor de agua pura  
en tu espina dorsal de canjilones,  
vas viviendo, estéril de pasiones  
en tu lecho pardo de tierra dura.

¡Ay, noria vieja! Huérfana de caminos,  
pordiosera de ilusiones y de cruces,  
¡cuánta pena!, en tu vida, ¡cuántas cruces!,

¡cuánta angustia de estrellas y destinos!,  
¡y qué lento tu lento morir a trozo  
sin poderte sentir otra vez pozo!

FAUSTINO VELLÓSILLO



Dibujo de Sergio G.ª-Bermejo

# LIRAS DEL TOREO

## Torero

Pluma en un mar de arena  
que acaricia un morirse fugitivo;  
arco iris con melena,  
¡¡cuidado!! el lenitivo  
de un pase, de una gracia y... yo revivo.

## Toro

Es montaña-volcán  
acabada en marfil, rizos y espuma;  
es hermoso titán.  
Le miro y veo bruma  
que quiere coronarse de la pluma.

## Torero y toro

Juntos pluma y montaña  
se confiesan bailando sus secretos.  
Flor saca de su entraña  
la pluma. Flor de retos  
que perfuma los rizos tan inquietos.

CAMILO GONZALEZ OSSORIO

## EL CIERVO HERIDO DE AMOR

«Que el ciervo vulnerado  
Por el otero asoma».  
SAN JUAN DE LA CRUZ

¡Oh, San Juan de la Cruz!, en las canciones  
Del tierno epitalamio que escribiste,  
Tu puro amor a Dios, ¡cómo se viste  
De aéreas figuras y altas emociones!  
Tú, en los oteros —plácidas regiones  
Que tan amenamente describiste—  
A un ciervo y a una cierva amando viste,  
Como aman dos amantes corazones:  
Dolido el ciervo de la ardiente flecha  
Con que el amor rasgábale la entraña,  
A su consorte llama, con su endecha.  
Y a su voz, que la cierva nunca extraña,  
Busca la cierva al ciervo tan deshecha,  
Que es viento que estremece la montaña.

ELEUTERIO CALATAYUD

## MADRIGAL

A ANA GONZALEZ OSSORIO

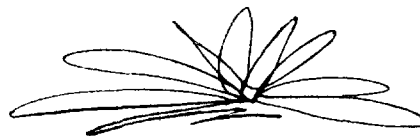
Cuando aquel río sin nombre  
se me entró, y fué mañana,  
¡Cómo me dolían los pasos,  
y las calles, y las plazas!

Resucitaron mis dedos,  
—habían muerto de bascas—.  
Se me durmieron las piernas  
y despertaron mis alas.

Cuando aquel río..... ¿Sin nombre?  
¿No tiene nombre la llama?  
¿No tiene nombre la brisa?  
¿Y la flor, cómo se llama?  
¿Y la torre? ¿Y la voluta?  
¿Y el arpegio y la campana?

¡Sí, tienen nombre! Preciso.  
Exacto y bello, es: ¡ANA!

JAVIER PERALTA



# S I N C E R I D A D

Cansado y con la mueca horrible de la indiferencia  
he lanzado a lo alto mi última canción desesperada.  
He sentido la devolución callada de la noche,  
y he llorado en silencio mi primer desengaño de hombre.  
Sólo los perros, temblorosos, han lamido mi llanto  
después de haber ladrado quejumbrosos a la luna,  
y he sentido el placer de verlos revolcarse ante mis ojos,  
con las pupilas agrandadas por el asombro de la muerte.  
He reído la grotesca posición de los miembros sin vida,  
y mi carcajada ha sonado como los dados huecos,  
recortándose a toda resonancia de la noche,  
dando una circulación de frío por los huesos,  
y he huído, por las sombras, de mi sombra enana,  
agigantada en cada paso por la luz de la esquina,  
buscando un horizonte donde arrojar mi lastre;  
buscando luz de paz en los amaneceres, cada día.  
He deshojado temeroso una a una todas las auroras  
rellenando una tumba con los pétalos más frescos de sus rosas.

B. DE L



# M A T E R N I D A D

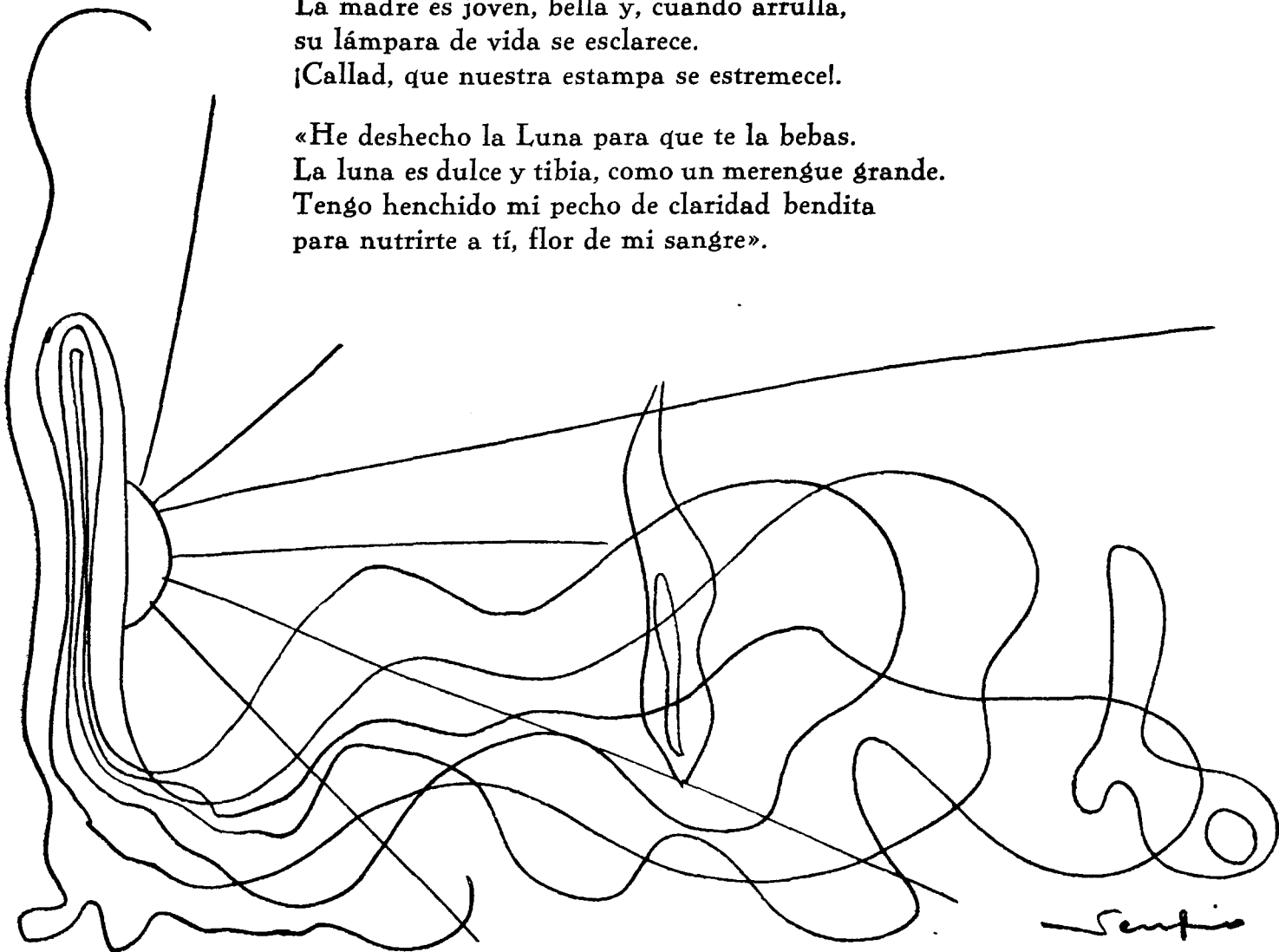
"Pequeña-grande estampa del gran teatrillo humano".

Al amigo Ernesto Huertas.  
Por él y para él. Con efecto.

Una habitación limpia. Una ventana  
con los vidrios cerrados, cara al día.  
Como detrás se incendia la mañana,  
sólo se ve una cosa: la alegría.

La madre es joven, bella y, cuando arrulla,  
su lámpara de vida se esclarece.  
¡Callad, que nuestra estampa se estremecel.

«He deshecho la Luna para que te la bebas.  
La luna es dulce y tibia, como un merengue grande.  
Tengo henchido mi pecho de claridad bendita  
para nutrirte a tí, flor de mi sangre».



—Sentia

«Vamos a ver, tragón; que la hermosura  
se asome por tus poros a mirarte».

«Infla y desinfla tus carrillos.  
Mi pecho es como el fol de una gaita de carne.  
¡Toca música de alegría,  
gaitero de mis festivales!».

«Toca y duerme... así, poquito a poco,  
mis brazos son la cuna mejor para brizarte!».

«Yo tenía una nana nanita nana ea...  
Se me cayó en el pozo... vino el Rey a ayudarme...  
La sacó con la pluma de su lindo sombrero,  
y, haciéndote cosquillas, te la echó por el aire».

«Duérmete tú, mis ojos, lucero de mi aurora,  
ruiseñor de mis noches, rosal de mis rosales...».

«No le aruñes tú, sol, gatito rubio.  
Brisa, paloma azul, no vuelas, párate.  
Clavad las mariposas con alfileres santos  
dentro del ancho libro de la tarde.

«Ni vísperas de aroma toquen las azucenas,  
ni los pájaros muevan, trinando, sus collares.  
Que Dios nos ponga a todos un índice en la boca,  
y el licor de los cielos nos embriague...».

De pronto queda abierta la ventana,  
Deja ver un camino, y se dijera  
que está pintado en campo sin besana,  
pobre decoración que se moviera.  
Por él, como en un éxodo angustioso,  
van pasando otras madres: sin sonrisa,  
la frente sin unción, el pecho ocioso...  
Se cierra la ventana a toda prisa.  
Lo trágico se fué. La luz se irisa,  
y va el telón cayendo, despacioso.

# UN DESERTOR

Fué desertor porque no fué valiente.  
Porque sentía el frío acurrucado,  
gemir detrás de cada hueso  
y el miedo salirse de todos los bolsillos.  
Huyó con la cabeza baja,  
mintiéndose a sí mismo,  
mientras oía el barro de sus botas,  
salpicar tras sus pasos.  
Se fué despacio,  
con la mochila de la pesadumbre al hombro  
que se portaba como un cielo plomizo.  
Fué por caminos largos de paralelos chopos,  
que, interminables,  
palpitaban correctos al ritmo de la brisa.  
Hoy continúa andando, cada vez más despacio,  
cada vez más despacio...,  
hace cuadros abstractos,  
y sólo ve que hay botas pisando entre las flores.

JUAN A. FDEZ. DEL CAMPO



Dibujo de Joaquín Aguilera

## A TU IMAGEN AUSENTE

Y entre las brumas de un recuerdo que hoy añoro,  
flotando entre las pompas de mi espuma,  
dibujada tu figura de humo azul  
en las rayas de mi tiempo  
aún licuas mi esperanza...

y mi dolor...  
y mi ansiedad...  
y agonía.

Y aún sigue tu sol fundiendo mi cristal,  
y sigues llenando mi vacío,  
y sigues siendo tú: «sol de mi aurora»  
y limando mi roca

con tus aguas sigues.

Y tu hilo va corriendo presuroso  
sin dejar....., sólo un beso  
en este río  
que no encontró mar en quien verterse,  
de este río que es tu espuma;  
de este río que es tu agua  
y es humo azul  
y es esperanza  
y dolor

y refleja tu figura  
que entre brumas de un recuerdo  
hoy añoro.

BALLESTEROS

## A UN NIÑO QUE NACIO CIEGO

Tu noche no termina.  
Mañana, es una burla en tus oídos.  
No puedes contemplar la maravilla  
de esta luz exterior. ¡Oh negro atisbo!

Pero ya estás aquí, entre nosotros,  
con tus cuatro sentidos,  
—tal vez con más de cuatro—  
y tu noche, tu noche sin abismos.  
Te llamarás Antonio  
o Luis, o Juan o Emilio  
pero tú serás siempre el pobrecico ciego  
y tu madre, la madre del pobre ciegucecico.  
Y yo seré tu amigo que te envidia;  
sí, porque no tienes ojos, yo te envidio.  
Tú miras hacia dentro, que es lo tuyo,  
yo tengo que mirar lo que no es mío.  
Yo, me cubro piadoso con las manos.  
cuando quiero elevar a Dios mis goces íntimos.  
Tú, no, lo tuyo es otra cosa, tú,  
dialogarás con El, a rostro limpio.

B. PARRA

# BALADA DE LOS TRES NEGROS



Dibujo de Angel Aguilera

### Primer negro

Luna blanca, blanca, ábreme tus puertas, para morir soñando.  
La gente es demasiado cruel.  
La gente no hace hoyos en la arena,  
no forma castillos en la almohada.  
Es tan cruel no soñar. Es tan cruel no hacer castillos.  
¡Ay! ¡Ay!  
Crímen.  
Yo negro.  
Yo elástico. Yo muslo.  
Yo ojos de luna, yo calle.

¡Oiga, transeunte!  
1. 2. 3.... Transeunte 3.  
La niebla.  
Sí. La niebla.

¿Ha visto la luna?  
Sí, la luna. Pero me voy, me voy. ¡Adiós!  
Adiós.  
¡Ah! Cocodrilo íntimo. ¡Qué solos estamos!  
Sueñas, bailas. Eres un viejo Jimaya.  
¡Ay!, qué solo estoy, no bailo, no fumo, me muero, Muerto.

### Segundo negro

La Aurora.  
Toma mi corazón viejo, niña rubia.  
Sol. Viento. Laguna. Mar. Amor.  
Toma mi pelo negro, viento.  
Papel de pulmón vuela, vuela como el ángel mi tristeza.  
Tarde gris. Cansado espectro. Habitación talalín. Habitación talalán.  
Taalalán dicen las vacas, dicen, hablan, taalalín vacas.  
Adiós, nostalgia.  
¡Ay! ¡Ay!, nostalgia. ¡Ay!, amor.  
He dicho amor al viento.

### Tercer negro

Trapero.  
El tiempo está lleno de pan.  
Venas de pan, carne de pan,  
casas de pan, mazapán, pin-pan, fuego.  
Hambriento.  
Hermosamente atado a las columnas de mi estómago.  
Hambriento. ¡Viento!  
Viento que me trae amor, viento que me deja cosas.  
Acordeón —violín— botas.  
Trapero, soy trapero,  
y toco la corneta en el rascacielos de mi saco.  
Soy amigo de trapero viejo,  
amigo de trapero niño.  
Amigo. Amigo de los días con trenzas.  
Y no me duele el contrabajo porque me como sus nubes.

JOAQUIN AGUILERA

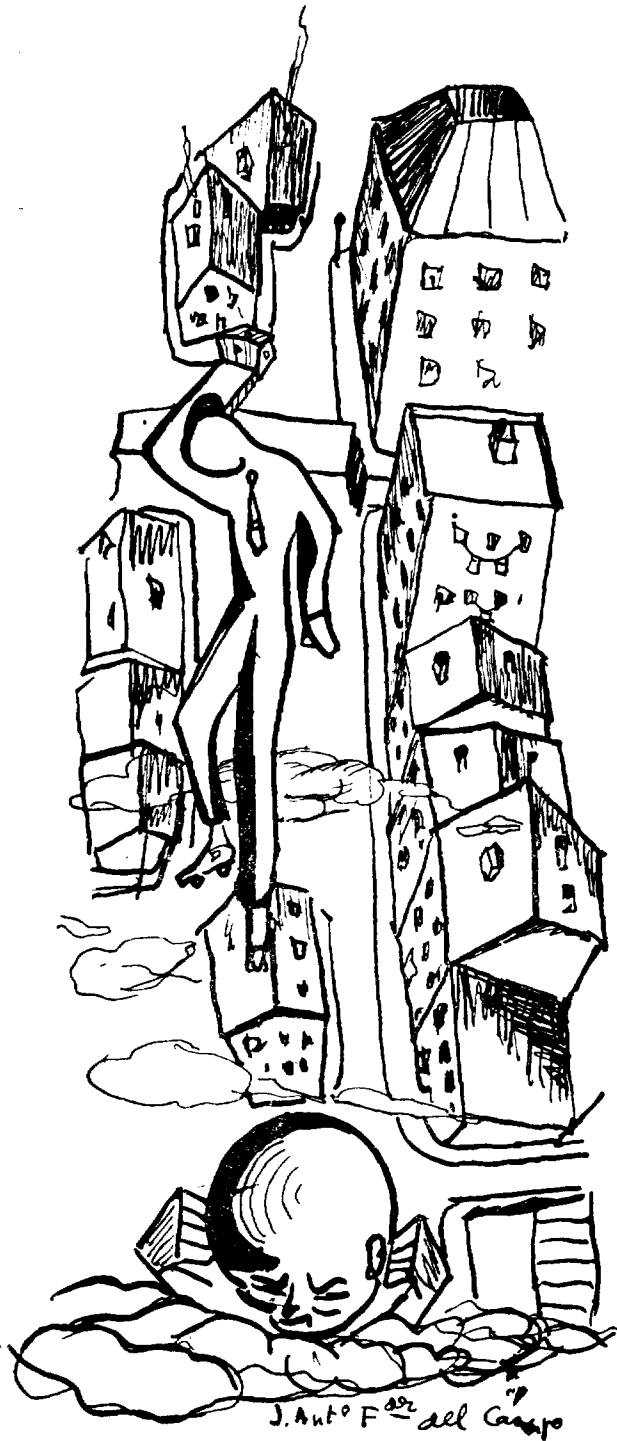
# NOCHE EN LA CIUDAD

Cuando llegas callando  
—mariposa de sombras—,  
y enciendes las bombillas  
con tu negro, de abismo y de maleza,  
te encuentras a ti misma  
porque el silencio... es tuyo. Y tú eres del silencio.  
Como la nieve y la luna,  
enlazadas en esa misma estrella  
que te presta su luz porque te ve tan sola  
paseas por las cosas  
y las llamas a ti para que duerman...  
Y tú te ríes de ellas,  
de la estrella y las cosas,  
y a veces hasta de los hombres  
aunque tú no los ves y aunque ellos no te miran,  
y los sientes tan sólo  
vagando en tus caminos de misterios.  
Te caes en las calzadas  
indolente y coqueta  
esperando al sol que se marchó muy lejos,  
y que vendrá para que tú descanses  
en el fondo del silo de mi casa  
o hasta en la grieta verde  
de la pared del viejo cementerio.  
Y luego volverás,  
porque eres una diosa  
que necesita el culto cada día,  
para mecerte de nuevo en las fachadas altas  
y correr por los tejados rojos  
a ocultar tu vergüenza entre las chimeneas.  
Y encerrarás tu rostro  
entre el armario grande de mi cuarto,  
jugando a esconderte debajo de mi cama,  
haciendo burla de los libros grandes  
que llorarán  
porque robé su espíritu  
para meterlo en mi cerebro pobre.  
Te marcharás por la ventana abierta  
después de llevarte un jirón de mi insomnio  
y caerás como cascada suave  
a cerrar con tus manos  
la flor de la maceta  
que murió con el día.



JOSE BELLON

# CIUDAD MULTIPLE Y DESCONOCIDA



Ciudad:

No te descuelgues del brazo de las estaciones  
ni prescindas de mi corazón por un momento.  
Quiero evitar tu esqueleto sin humedad ni luna,  
sin ojos claros de niñas que sonríen.  
Ciudad abstracta, terrible y verdadera ciudad.  
¿Quién te conoce?

Yo lo temo.

Verte triste sin lágrimas en los ojos,  
y oír tu risa con los labios prietos.  
Porque me he cansado de mentirte, ciudad:  
no te conozco.  
Me engaña el disfraz de cada otoño  
sobre ti  
y la herida que deja a su paso cada primavera.  
Me bastan ver unas gotas sobre tus tejados  
para confundirte con otra muy distinta,  
o la visión de un traje en lontananza.

No te conozco,

ciudad englobadora de ciudades,  
paridora de otras calles que ofreces a mi paso.  
(...Pero siguen tus torres alzándose lo mismo  
y unos números adornando tus fachadas,  
¡ay!, ciudad abstracta conocida por los muertos).

JESUS CUELLAR



# CIUDADES



Somos larvas que se arrastran en la casa de un muerto.  
Deambulamos febriles por una gran ciudad  
Con cipreses altos de ladrillo rojo.

Soñamos ideales en cárceles de acero y electricidad.  
¡Ah! ¡Cómo alcanzar estrellas con los pies en el cieno!

Es preferible sentarse a la orilla del asfalto y no buscar un sendero;  
Es más cómodo hablar con una máscara  
Que mirar por encima de una chimenea.

Es penoso saber que se vive,  
Y es agradable la idea de que morirse es mejor.

A veces también apetece enfangarse del todo,  
Embrutecer el alma y llenarse el cerebro con seriales de radio;  
Para poder entonces contemplar la mortaja de la luna, que nace en la niebla.  
Y a pesar de esta niebla, aún vemos horizontes pletóricos de luces.

Somos larvas que arrastramos nuestra existencia gris,  
Rotos insectos, rotos los ideales bellos.  
Vivimos en la casa de un muerto que se mueve.  
Tratamos de limpiar nuestros cerebros manchados de alquitrán  
Y coger con las manos las estrellas del cielo  
Con los pies despegados del cieno que arrastramos.

ALEJANDRO COLÁS

# MOMENTO

Hoy la flor ya no es un leve corazón callado.  
Hoy mi voz está silente. Pero he visto el sol en toda su pureza;  
en su pureza quieta, dormida de huracanes, dormida de nubes.  
Hoy mi voz está silente. Pero el agua me ha dicho las palabras dormidas en su curso.  
Y si tú no quieres la vida, alma. ¿Qué te queda ya, si no la quieres?.  
Pero mi alma se había escondido detrás de la problemática indiferencia social.  
Mi alma escondida de arrullos y de besos. Mi alma de león tímido.  
Y mi vida es un cauce de soles dormidos. De soles yertos de indiferencia.  
Pero mi voz está silente de vibraciones tenues.  
Solamente tengo mi voz de corazón y cabeza. Mi voz de viscera y sensación.  
Hoy Dios ya no me ha dicho ¡reza!. Hoy me abandonó dentro de mi cáscara  
y el cartón de piedra me está forrando exacto.  
Pero es necesario disfrazarse de lobo para comerse el hambre.  
Es necesario comerse las flores para no enternecer.

.....  
Yo y mi recta disfrazados de infinito hacia él,  
aunados en la distancia gris de los hombres sin tierra.  
Pero la soledad es blanca. Y el minuto es blanco.  
Y la hora es una inconmensurable blancura de minutos.  
Y el alma es hora porque es tiempo.  
Porque es lo único que subsiste después de la carne. Lo único que nos queda.  
Por eso la belleza rota, vacía, busca un poco de compasión para su gloria efímera.

.....  
Mi voz sigue silente. Mi voz apagada.  
Mi voz de corazón y cabeza cansada. Sinceramente.  
Por eso la flor hoy ya no es un leve corazón callado.

ANGEL AGUILERA BERNARDEZ

**NEGRA** noche. Suave terciopelo.  
Espuma blanca. Danza inquieta.

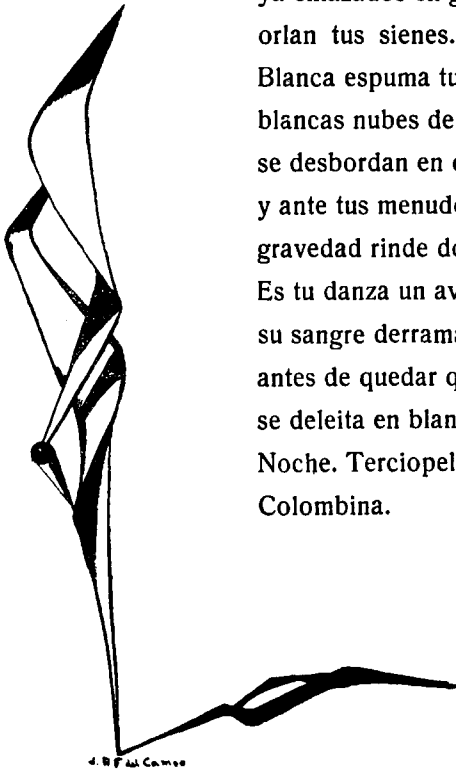
Colombina.

Tu pelo negro, negra noche,  
tus cejas dos arcos de ébano  
y entre negras pestañas  
también negros tus ojos negros.  
Tu cuerpo suave terciopelo,  
cruzados sobre el pecho tus brazos de alabastro,  
parece que protegen  
tu frágil y menudo cuerpo,  
o, ya extendidos suavemente  
acarician el aire,  
ya enlazados en guirnaldas rosas  
orlan tus sienes.

Blanca espuma tu ligero vestido,  
blancas nubes de tul que al danzar  
se desbordan en cascadas de blancas burbujas,  
y ante tus menudos y frágiles pies,  
gravedad rinde dócil su frente.

Es tu danza un ave que de muerte herida  
su sangre derramando gota a gota  
antes de quedar quieta, eternamente quieta,  
se deleita en blandos caprichosos giros.  
Noche. Terciopelo. Espuma. Danza inquieta.  
Colombina.

BERNARDO DE DIEGO



# A R T E

## UN PINTOR MANCHEGO

### FRANCISCO CARRETERO

Pertenece Carretero al numeroso y selecto grupo de excelentes pintores manchegos que en los actuales momentos están dando gloria y fama a la tradición pictórica española. Formado por sí mismo, su autodidaxia no sólo no amengua ni resta méritos a su obra, sino que le presta el gran valor de la originalidad. Y ya supone algo en arte el ser original. Carretero es... como es: inconfundible. Alguien ha querido ver cierta semejanza de estilo entre Benjamín Palencia y Francisco Carretero. Y así es, en efecto. Pero esta hipótesis más beneficia que daña a nuestro pintor, sobre todo mientras esté en el aire la interrogante lanzada por cierto crítico de arte, que condensaba así sus dudas: ¿Quién fué antes, Palencia o Carretero?.

No he de ser yo quien dilucide y aclare tan ardua cuestión. Ni quiero, ni puedo, carente de datos y noticias para intentarlo. Ni fué tal mi propósito al empezar a escribir esta ligera semblanza artística del pintor de Tomelloso. Por mi parte queda sin respuesta la intencionada pregunta. Sólo espero y deseo, muy vivamente, eso sí, que otros, que sepan y puedan, se decidan a hacerlo algún día.

Lo que sí afirmo, es que hoy por hoy, Carretero es uno de los pintores manchegos de más recia y acusada personalidad, aun teniendo en cuenta ciertos defectos, acaso hijos de su autodidactismo.

La obra de Carretero, toda su obra, está llena de fuerza y vigor. Y su paleta es de una valentía y novedad extraordinarias. Y lo mismo su técnica. Flaquea su dibujo, debido, sin duda, a su falta de escuela. Mas ello es disculpable en gracia a otros muchos aciertos que el artista tiene. ¡Son tantos los pintores que no dibujan y sin embargo triunfan!

Los lienzos de Carretero, septuagenario ya, tienen la lozana y fresca emoción, la arrolladora audacia de una inspiración joven y batalladora. Su arte es arte nuevo, renovador, avanzado, moderno, de una novedad y modernismo impropios de su senectud.

Tal vez a su tardía vocación artística, —Carretero empezó a pintar en edad madura— se deba ese afán singular por imprimir a sus cuadros el aliento renovador que

los distingue. Es la consecuencia —ya dada en algunos artistas— del desacuerdo y lucha en que viven espíritu y cuerpo. Este, que declina vencido por la edad; aquél, eternamente joven, que da muestras audaces de ardimiento y lozanía.

Gran paisajista, a su pincel debemos una nueva y original versión del paisaje manchego, a la que, dicho sea en verdad, no estamos acostumbrados. Por eso, de momento, confunden y desorientan sus cuadros, aunque, después, serenamente vistos y estudiados, acaben por prender nuestra atención y cautivarnos. Y es que Carretero ha dado muerte al tópico que ahogaba en sol y polvo e hirsutas rastrojeras toda una larga etapa de pintura interpretativa de manchegos horizontes. Pintor de acusado temperamento, no se ha uncido en reata: ha creado.

Esto es, precisamente, lo que viene a decirnos el galardón que le ha sido otorgado en la última Exposición Bienal Hispano Americana de Arte, certamen abierto a todas las tendencias y libre de prejuicios artísticos anquilosados y caducos.

Saludemos en Francisco Carretero, nuestro comprovinciano, al gran pintor que triunfa plenamente a la edad en que otros muchos declinan y se eclipsan. Y esperemos nuevos frutos de su fresca e inmarcesible inspiración.

ANTONIO MERLO DELGADO

# LIBROS

**FERRAN, Jaime. «Poemas del viajero». Barcelona. Ediciones Laye. 1956. 64 págs. 14,5 x 21,5. Rúst.**

Jaime Ferrán es uno de los poetas españoles más verdaderos de la hora actual. Con su «DESDE ESTA ORILLA» ganó el accésit al premio Adonais de 1952, y con sus «POEMAS DEL VIAJERO», que reseñamos, el premio Ciudad de Barcelona 1953. Otro de sus libros es «LA PIEDRA MAS RECIENTE», 1952.

¿Y qué son estos Poemas del viajero?. Casi todo el libro está hecho en Mettlach, tierra alemana de bosques y de leyendas, donde «aúlla eternamente» el grito de Maltitz, el cazador maldito. Al final hay un poema que firma en Londres. Mas en ningún caso Ferrán aporta nada anecdótico. Su inspiración es de una incomparable modernidad diríamos que metafísica. Porque el viaje por la geografía le lleva a la concepción temporal de la vida humana, y el rumor de los bosques le parece de mar, y este mar entra en la composición creada del ser del hombre. Porque dice (pág. 52):

«que nuestro propio cuerpo  
tomó forma en las manos  
alfareras de Dios porque tenía  
una parte de mar y así Dios pudo  
darle forma, crecerle entre sus dedos  
como crece, en silencio, la vasija,  
antes barro tan sólo,  
entre las manos sabias de este obrero  
que la acaricia mientras ella nace  
para darle la forma que desea».

Y por eso la vida, como un bosque —de «elemental crecimiento»—, se aproxima a la orilla de un río —aquí, el Saar—, y ese río es la imagen del tiempo del hombre, que gasta la vida y la lleva, dormida, al gran mar originario. Allí se hunde, en la eternidad divina, con su vida hecha y con infinitas vidas renunciadas (Pág. 61):

«Aprendí que la vida  
sólo consiste en renunciar  
porque cada momento que desliza,  
como arena dormida, su presencia fugaz en nuestras manos  
pudo escoger otro camino».

G. R. GALIANA

**DELIBES, Miguel.—Diario de un cazador.—Premio Cervantes 1955.—Colección *Ancora y Delfín*.—Editor, J. Janés.**

Se ha dicho que la caza es arte de nobles o deporte de señores. Sobre la caza se han escrito artículos de periódico y ensayos de sociología. Arte noble, la caza. Miguel Delibes nos cuenta en su última novela cómo es la caza, practicada por subalternos y menestrales a modo de divertimento utilitario.

En realidad no es Delibes quien nos lo cuenta; sino un cazador cuyo nombre no recuerdo haber leído una sola vez, el protagonista. Protagonista de su propia vida puede ser cualquier bedel de instituto. Sólo son necesarias cualidades humanas transcendentales y plenitud de vivencias.

Y vivir, simplemente vivir, es lo que hacen todos los personajes de esta novela. Vivir esta perra vida, como en su estilo tremendista diría Delibes.

Cierto que es perra vida la de nuestro bedel. Perra vida la de Melecio, a quien se le ahoga el hijo. La de Tochano, que no quiere ver ni oír penas. Y Valentín, diariamente borracho, apaleado frecuentemente por su mujer. Perra vida la de «el» Pepe, que muere de un escopetazo; pero se va a la gloria. Allí piensa cobrar las mejores piezas en las cacerías celestiales. Perra vida la de don Froilán, que suda tinta para que «el» Pepe se confiese. Y Anita, moza de churrería y costurera, mohína porque su novio no acierta a elegir entre ella o la caza. Y «la madre». Y «la Beva».

Pero esta vida tiene también sus compensaciones. Basta, a veces, un cachorro de caza recién parido. Así sucede en «DIARIO DE UN CAZADOR», relato de una auténtica vida a tragos en espera de algo mejor. En espera de eso que quizás se alcance aquí; pero que se logra seguramente en la otra vida.

Parece que Delibes ha querido superar ahora la brumosa novelística de moda en los últimos tiempos. Para dar ejemplo ha comenzado superándose a sí mismo. Aquel protagonista alambicado e hiperestésico de «LA SOMBRA DEL CIPRES ES ALARGADA» se queda tamañito comparado con cualquier tipo de su última obra. Se reduce a eso; a una sombra.

Están los personajes del «DIARIO» dibujados a contraluz, gracias al impecable estilo indirecto de que hace gala el autor; pero firmemente pintados. Jugoso y palpitante el estilo, sonoro de voces y giros populares. Azorín estará contento. Estilo tremendista, porque la vida es tremenda.

Esto pienso después de una relectura.

J. UBEDA

**FR. JOSE LOPEZ ORTIZ, Obispo de Tuy.—La responsabilidad de los Universitarios.—Biblioteca del Pensamiento actual. Madrid, 1956.**

La «Biblioteca del Pensamiento actual» acaba de publicar un pequeño gran libro. Se titula como este artículo: «La responsabilidad de los universitarios». Su autor es el Obispo de Tuy, Antiguo Catedrático de Historia del Derecho en el Monasterio del Escorial y en las Universidades de Compostela y Madrid y elevado el año 1944 a la alta dignidad episcopal: el Excmo. y Rvdmo. Padre José López Ortiz, de la Orden de San Agustín.

Nos dice su autor que el libro ha sido escrito con prisa. La prisa no se nota en el contenido, de una sorprendente densidad, ni en el estilo: flúido, cuidado, brillante y sugerente. Pero a lo largo de sus 200 páginas se adivina la causa de la prisa. El antiguo Profesor universitario y el actual Pastor de almas es la misma persona. El pasado mes de diciembre, con Revistas y proyectos juveniles se anunciaba, cuando menos, muy equívoco. Y la equivocidad saltó, en la forma de todos conocida, dos meses después. El libro, fechado en la Sede episcopal el 2 de enero, estaba impreso el día 25 del mismo mes. Salió a la calle adelantándose a los acontecimientos. Era el clarinazo que quería llegar a tiempo: orientar y evitar. El incidente, aunque trágico y lamentable, no le quita actualidad. Antes, al contrario, se la otorga de manera especialísima, este libro está llamado a tener una larga actualidad porque su pensamiento y sus palabras son eternas. Son, sencillamente, de la Iglesia.

El libro del Padre López Ortiz va creciendo a medida que avanza; no sólo en páginas sobre todo en doctrinas y en intención. Y cuando acaba, con un capítulo sobre la devoción del universitario, nos queda la impresión de haber leído un libro de esos que dejan huella e imprimen carácter. Es un libro original y valiente porque es el libro de un Apóstol, que afronta los problemas de hoy en su novedad, pero sin disimular nunca que sus soluciones, en lo espiritual, tienen formas que datan de casi dos mil años. Quisiéramos dejar en estas líneas el alcañote de todas sus páginas, para que fuera una incitación a su lectura.

Ante todo, la responsabilidad de los universitarios no radica en los maestros o en los estudiantes de la Universidad. Es más amplia y difusa. Se refiere a la que tienen, ante la sociedad, todos los hombres que poseen una formación universitaria (pág. 27). Pero esa responsabilidad no es una carga: Es un privilegio «pues pone en condiciones de hacer el bien con mayor anchura y profundidad» (pág. 177). La acción apostólica del universitario ha de ser a base de utilización de los medios de cultura para hacer el bien, «con una rigurosa e implacable pulcritud científica», pero evitando la autocomplacencia vanidosa (pág. 181). La necesaria humildad brota una y otra vez, no ya como consejo evangélico, sino hasta como actitud humana inequivocable en el hombre verdaderamente formado, porque es cierto que su ciencia, al resolverle problemas le va creando sucesivamente otros mayores y más árdus. El verdadero universitario es siempre humilde porque intuye cuánto le falta —y cuánto faltará siempre a la Huma-



nidad— por saber. Pero el Padre López Ortiz maneja aún otro argumento valiente. El universitario no trabaja con lo que más vale. Las almas valen más. Y por eso «la catequesis pesará más en la historia del hombre que la Universidad, cuando se haga el balance definitivo» (pág. 182).

Las precisiones que este libro hace son verdaderamente importantes. Ya hemos dicho que el libro ha salido con urgencia declarada, porque es cierto que cada día se ve con más claridad lo necesario de actitudes concretas, cristianas y viriles. Hay mucho confusionismo en el ambiente y conviene que la Jerarquía eclesiástica cuente con la participación de los núcleos universitarios católicos para la obra de clarificación. Precisamente como dice el Padre López Ortiz, porque el daño se está iniciando. No debemos esperar a que se extienda. La prudencia algunas veces debería llamarse por su verdadero nombre: cobardía.

En el último número de «La Civiltà Católica» el eminente teólogo italiano Padre Messineo, que tantas veces ha sido atalaya de riesgos intelectuales y sociales, da la voz de alarma contra el llamado «catolicismo progresista». El Obispo español que comentamos, secundando la doctrina ya establecida por S. S. Pío XII en la Encíclica «Humanis generis» se enfrenta con el problema, adelantándose, por tanto, al P. Messineo. Uno de los mejores capítulos del libro es el titulado «¿Catolicismo progresista?». Ciertamente, el catolicismo no ha necesitado nunca de epítetos. Cualquier calificativo fuera de la unidad, apostocidad y romanidad lo desvirtúa y lo hace equívoco. Hay en el libro unas palabras reveladoras y clarísimas. «Una primera manifestación de orden político es su entusiasmo por los partidos izquierdistas, sin aceptar del todo las tesis comunistas, pero admirando en quienes las siguen extraordinarias virtudes de generosidad, que echan de menos en los católicos. No solamente el marxismo, sino en general, encuentra y exalta valores y aciertos en cualquier pensamiento acatólico, y desea con ellos enriquecer las concepciones ortodoxas... Con achaque de caridad están dispuestos a transigencias muy onerosas con las disidencias de nombre cristiano» (Págs. 61 y 62). Ante esta desviación, así calificada por el Papa mismo, no cabe otra actitud más que la del Catolicismo sin apellidos, puro Cristianismo militante, activo y ardiente, lleno de gracia y de verdad.

Muchas otras cosas tiene el libro del Padre López Ortiz; no siendo la de menos entidad la propuesta de erección de Universidad Católica en España, no para rivalidad, sino para fecundo diálogo con la estatal. Ahora ya no hay obstáculos legales, porque el Concordato reconoce expresamente la vigencia en España del canon 1375 del Código de Derecho Canónico, que por tanto ha pasado a tener rango de ley interior.

Tenemos la impresión de que las 200 páginas del libro del Obispo de Tuy van a hacer un impacto formidable en muchas conciencias de católicos universitarios que en el disfrute de una paz conquistada con tanto dolor comenzaban a entibiarse en un irenismo falaz y peligroso.

JOSE M.<sup>a</sup> MARTINEZ VAL